

Globos

con prólogo de Ana Urrutia

texto Roser Rovira

Ilustraciones Maria Prados



GLOBOS

prólogo Ana Urrutia

texto Roser Rovira

Ilustraciones Maria Prados

Patrocinado por:



PRÓLOGO

Globos... ¿Qué significan? ¿De qué hablan unos globos? Cerremos los ojos y pensemos. Son bonitos. Parecen iguales... pero son diferentes. Sus colores los diferencian. Es como las personas. Podemos parecer iguales, pero no lo somos. Y todas resultamos interesantes de ver. De mirar. Y, por supuesto, de apreciar y valorar.

Los globos los solemos asociar a alegría, a risas, a diversión. En nuestro cuento no siempre es así.

Cuando pensamos en las personas con demencia, podemos también pensar en globos... Como los globos, las personas con demencia necesitan ir de tu mano. Y es tu mano la que puede hacer que el globo se arrastre por el suelo y esté triste, o es tu mano la que puede buscar el alma de la persona en el interior de su globo y extraer su piedra, soltar la cuerda que lo ata y dejar que vuele. Y dejar que se exprese, que suba, que baje, que camine...

Si cuidas de personas con demencia, sea en una institución o en su casa, verás que si tú haces eso, serás el ejemplo que seguirán otras personas que también cuidan y que acabarán extrayendo las piedras y soltando las cuerdas de las personas a las que cuidan. Personas que acabarán subiendo, bajando, caminando, sintiéndose felices.

Sí, cada una llevará en su interior una piedra diferente, que nos puede parecer igual que la de las demás personas con demencia, pero que en realidad no lo es. Una piedra que es “suya”, exclusivamente suya, y que te obliga a ti, que le cuidas, a conocerla bien, a analizarla bien y a tratarla como única y diferente. “Claro, el modelo de cuidado centrado en la persona”, me dirás... Y yo te digo, “sí... efectivamente, eso es”.

Tú que cuidas, estudia cada persona, analiza cada globo, admíralo, porque es único y diferente, no hay ninguno exactamente igual a otro, ni en color, ni en brillo, ni en la cantidad de aire que contiene. Saca su piedra y suelta su cuerda. Déjale volar, subir, bajar, caminar... Aprende a correr el riesgo de que se pierda, de que tropiece, de que en alguna ocasión trastabille. Pero vigila su vuelo y verás como no se pierde, como vuelve, apenas se cae y cuando tropieza, baja, sube y cada vez es capaz de “sostenerse” mejor.

Y si tú haces eso, y otras personas que cuidan también lo hacen, sumamos y sumamos personas que entienden el cuidar de otra manera y consiguen hacer una nube de globos cada vez mayor.

Personas que cuidan y que sueltan cuerdas. O sujeciones... que es lo mismo.

Cuidar sin sujeciones físicas ni farmacológicas, sin cuerdas físicas o farmacológicas es ya una realidad que muchas personas han puesto en práctica. Anímate, tú que cuidas y lees este cuento, a aumentar nuestra nube de globos.

Ana Urrutia Beaskoa (Médico Geriatra - Presidenta de la Fundación Cuidados Dignos)

En Gernika (Bizkaia) a 5 de enero de 2022



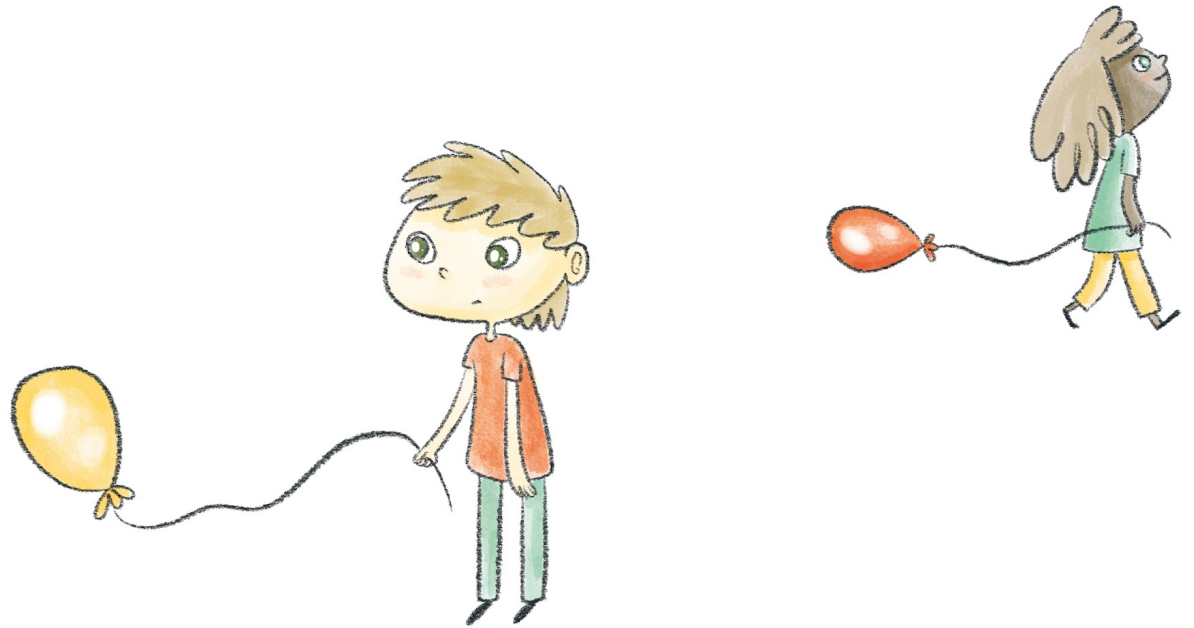
En aquel pueblo, todos los niños tenían globos.

Globos de todos los colores. Había globos azules, blancos, rosas, naranjas y amarillos.

También había globos verdes, púrpura y rojos. Globos grandes y otros de pequeños.



Pero, aunque los colores de los globos eran todos diferentes, los globos de aquel pueblo se arrastraban muy cerca del suelo.

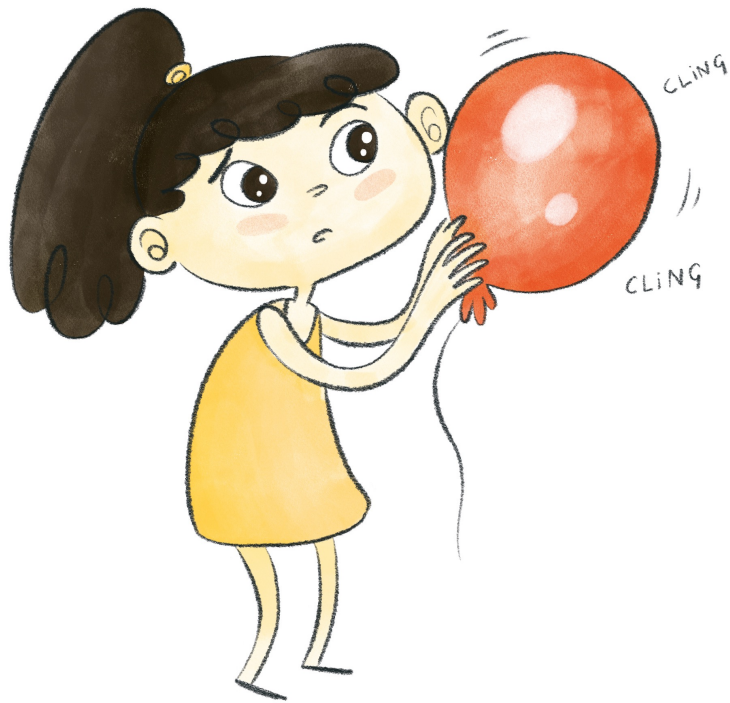


Los niños que llevaban consigo los globos de diferentes colores los tenían atados por un fino cordel, y los sacaban a pasear de vez en cuando, muy lentamente. Por este motivo, los niños no prestaban mucha atención a los globos. Eran globos tristes.



Un buen día, Ana se sentó en su jardín con su globo al lado. Era bonito. Era rojo brillante. Ana lo observaba atentamente, mientras el globo rojo se mantenía impasible a su lado.





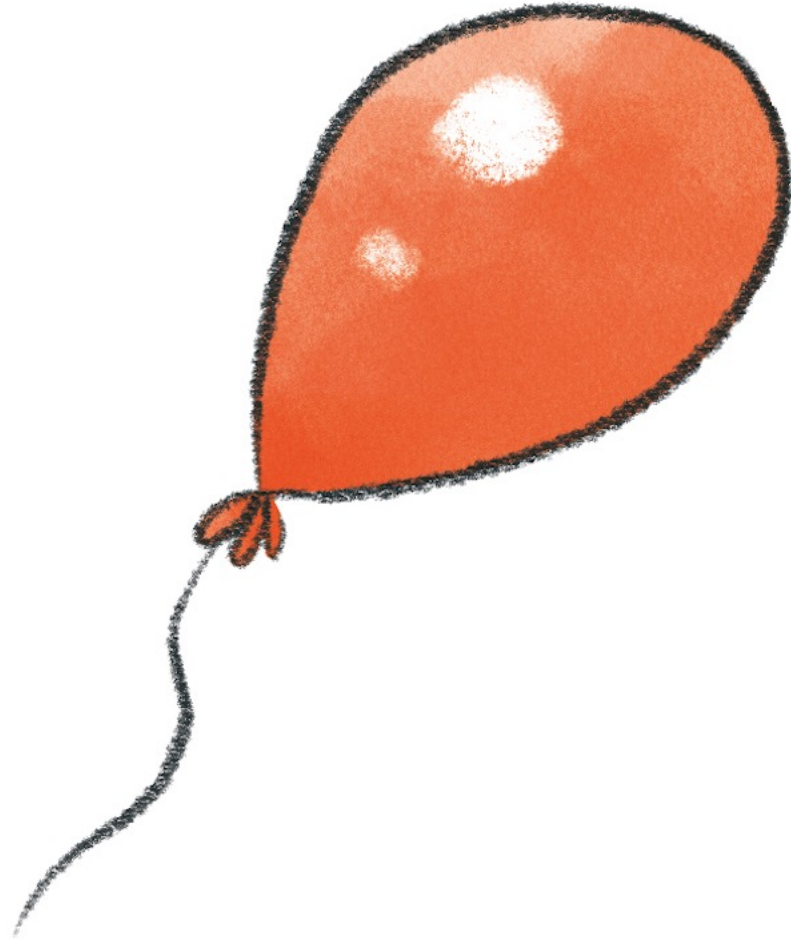
De pronto, Ana empezó a zarandearlo, puesto que no entendía porqué el globo parecía tan triste, con lo bonito que era. ¡Y, oh, sorpresa! ¡Escuchó un ruido que provenía de dentro del globo! Lo zarandegó un poco más, y el ruido seco volvió a escucharse. Ana supo que el globo tenía algo dentro.

Con precisión, Ana quitó el cordel del globo, y deshizo el nudo. Abrió un poco el agujero del globo... ¡Y de su interior salió una piedra! ¡Caramba! ¡Qué sorpresa! Enseguida, Ana volvió a cerrar el globo... pero decidió que no le pondría el cordel. Ana tenía en la mano el globo rojo. Era un globo precioso. Lo zarandeó un poco, y comprobó que ya no se escuchaba ningún ruido. Lo había vaciado del todo, ya no contenía ninguna piedra. Con cara pícara, Ana liberó el globo y éste...



¡Se puso a volar!

Ana, contenta, se deleitó observando cómo el globo subía hacia arriba, arriba del cielo, jugando con el viento, meciéndose de un lado para otro.





¡Qué bonito!

Dijo Luisa, la vecina de Ana, que se había quedado prendada al ver cómo el globo de Ana podía volar. Luisa tenía agarrado su globo verde que, tristón, esperaba paciente a su lado.

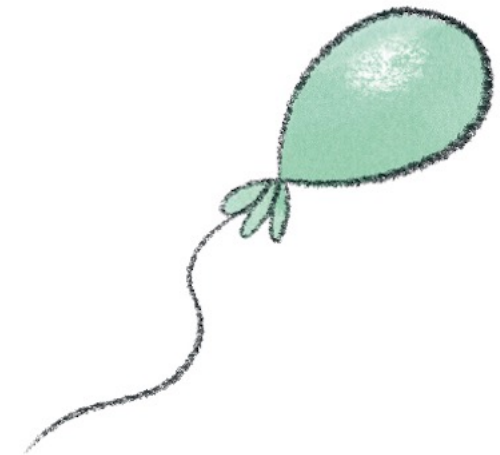
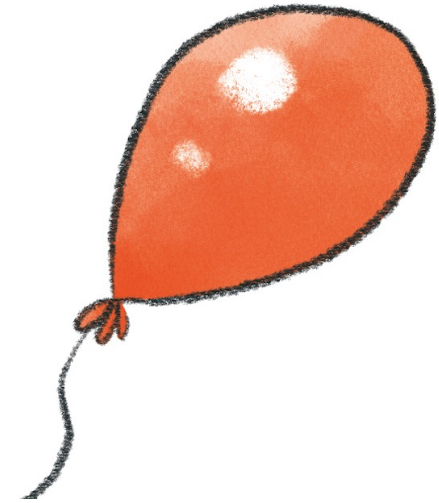
¿Quieres que el tuyo también vuele?

Le preguntó Ana a Luisa.

¡Pues claro!

Las dos niñas quitaron el cordel y sacaron la piedra de dentro de la barriga del globo de Luisa, volvieron a cerrarlo y, contentas y felices, dejaron que volara.

Las dos se quedaron un buen rato embelesadas observando cómo los dos globos subían por el cielo, como si siguieran una música preciosa y delicada.



Más y más niños se congregaron en el jardín de Ana. Todos traían sus globos tristes, y Ana les enseñaba cómo debían hacerlo para que pudiesen volar.



El cielo se llenó de globos de todos los colores, y los niños reían, aplaudían y los señalaban, entusiasmados.

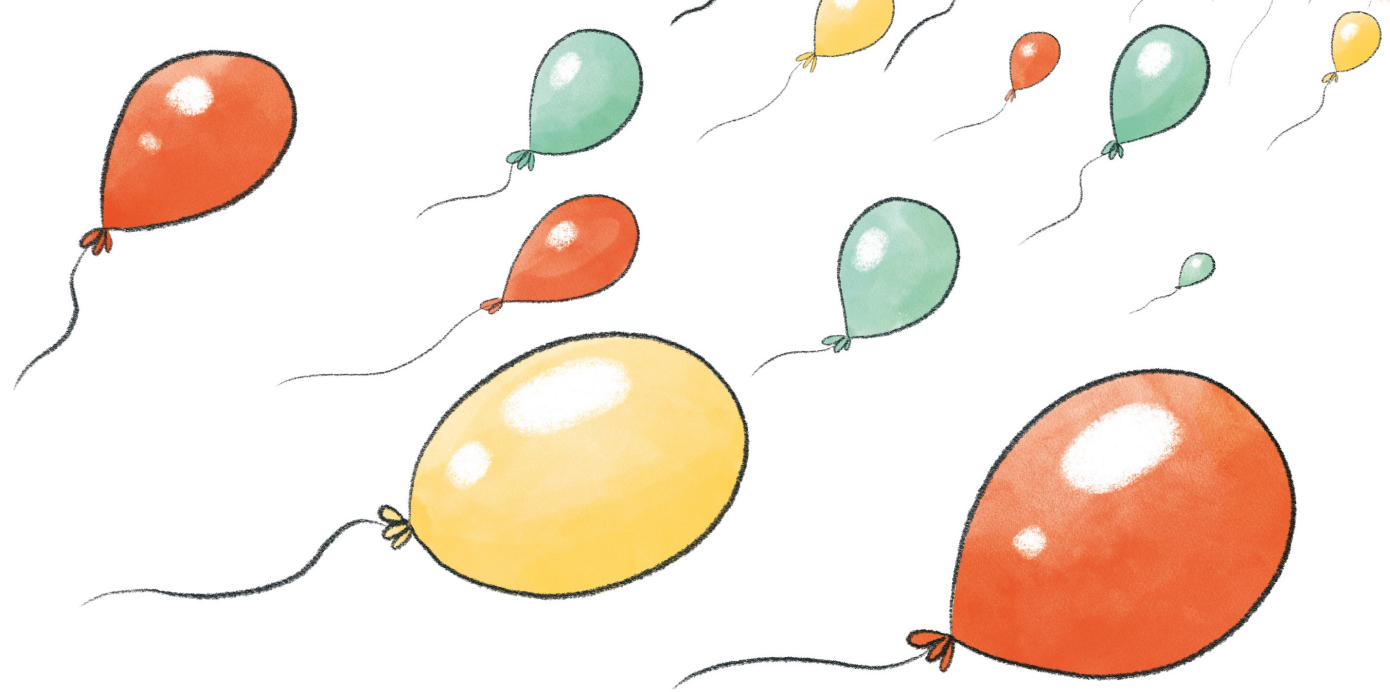


De pronto, apareció una mamá, con cara de enfado.

- ¿Pero por qué queréis que vuelen? ¡Nunca más los encontraréis! ¡Los perderéis!

Les dijo a los niños, en voz alta.





- Así son más bonitos.
Yo prefiero que vuelen.
Dijo Luisa, satisfecha.
- ¡Mirad! ¡Los globos vuelven!
Gritó una niña, señalando el cielo.



Todo el mundo, incluida la mamá que los reñía, observó cómo algunos de los globos bajaban un trocito de cielo,

y volvían a subir.
Y a bajar.
Y otra vez a subir.
Ya no estaban tristes.
Ni aburridos,
ni cansados.



Eran globos felices, que, con sus colores, saludaban a los niños, los acariciaban un momento y reanudaban su marcha. Era precioso contemplar todos los globos saludando a los niños, y todos los niños con los brazos hacia arriba, embelesados.

La mamá que reñía se quedó con la boca abierta un buen rato, admirando aquellos preciosos y divertidos globos.



Y Ana, con una gran sonrisa
entre los labios, le dijo:
A mí me gustan muchísimo más
así. De este modo, nos enseñan
a soñar.





fundación

cuidados dignos

fundazioa